

*Francisco José Martínez**

JACOBO MUÑOZ, *El ocaso de la mirada burguesa. De Goethe a Beckett*, Madrid: Biblioteca Nueva (2015), 152 pp.

Arcano es todo menos nuestro dolor. Prole olvidada,
para el llanto nacemos, y el motivo sólo los dioses lo
saben. (Leopardi)

Todo amor es fantasía; /él inventa el año, el día, /
la hora y su melodía; /inventa el amante y, más, /
la amada. No prueba nada, /contra el amor, que la
amada/no haya existido jamás.

El último libro de Jacobo Muñoz, Catedrático Emérito de la Universidad Complutense, es una obra espléndida que repasa los autores a los que más ha dedicado atención a lo largo de su dilatada trayectoria profesional. Obra de madurez, libre de todo aparato crítico, resultado de la meditación continua e incesante sobre los autores que expone, es una obra muy personal, muy vivida, quizás autobiográfica, fruto de la inmensa libertad que otorga la jubilación, cuando las obligaciones de la profesión ya han desaparecido y solo queda el placer de la lectura y de la meditación, tranquilas, sin premuras y sin fin externo alguno, ocupación autotélica, placentera, sin por qué ni para qué, como la rosa del místico alemán, Angelus Silesius.

Jacobo Muñoz, uno de los filósofos españoles más versátil y polifacético de su generación, recoge en su pensamiento las principales tradiciones de la filosofía del siglo XX. Marxista crítico y heterodoxo, recibió de su maestro Emilio Lledó el gusto por la filosofía clásica, griega y alemana, y de su amigo y maestro Manuel Sacristán el interés por la articulación del marxismo con la filosofía de la ciencia, sin dejar de lado las aportaciones de la filosofía francesa, de un Foucault

* Departamento de Filosofía y Filosofía Moral y Política, UNED. E-mail: fjmarmar@filos.uned.es

o un Derrida , por ejemplo. Pero lo que siempre le fascinó fue la decadencia de la *Kultur* burguesa frente al predominio de la *Zivilisation* moderna. Los valores de la cultura burguesa, capitalista y urbana a la vez, como se ejemplificaron de forma emblemática en la vida y la obra de Goethe, mirados a través de la mirada nostálgica de Thomas Mann, han sido objeto de culto para nuestro autor. Estos valores se van destiñendo de forma paulatina ante su vista en la obra de los grandes testigos de nuestra época: Musil, Kafka o Becket. Nuestro autor asiste, añorante y nostálgico, a esta decadencia, a este ocaso, de la forma de vida burguesa, quizás la cumbre más alta a la que ha llegado nuestra cultura.

Se ha podido decir que ‘escribir es nombrar la ausencia’, y para Mallarmé las palabras solo nombran la ausencia de las cosas, por ello, la metáfora del desierto, puesta en circulación por Nietzsche, el pensador que analizó, desde el punto de vista ontológico, este proceso a través de su noción de nihilismo, es la que mejor describe la situación producida por este crepúsculo histórico. La aspiración a una vida plena, cumplida, total, es ya imposible en nuestras megalópolis post-burguesas, en las que ya solo es viable una pseudocultura hecha de fragmentos, pastiches y retazos. En los ámbitos dejados libres por los dioses, esos dioses cuya huida lamentaba Hölderlin, no han podido arraigar las semillas de lo humano, y con la eliminación del mundo verdadero, el mundo trascendente, también hemos eliminado el aparente. Occidente se hunde y ya ni siquiera los bárbaros pueden salvarlo, porque dichos bárbaros, no son sangre nueva, ingenua y no corrompida, sino detritus y escombros producidos por esa misma decadencia occidental. Solo queda la repetición, la vuelta como en un carrusel, de cierto fetichismo historicista que se afana en conservar, a modo de parques temáticos, los restos de las culturas clásicas (afirmación redundante donde las haya, ya que no hay otra cultura que la clásica, si se entiende por cultura la aspiración –imposible- a la perfección de lo humano como plenitud). De todas formas, ya Thomas Mann nos advirtió, a través del amor crepuscular del escritor Gustav von Aschenbach por el joven Tazio, que lo que nos aguarda tras la máscara de la belleza es la fascinación de la muerte, pero, a la vez, quizás sea el amor a la belleza la única forma de conjurar, provisionalmente al menos, la muerte. El amor, tela de araña producida por el pánico a la soledad, es una ficción, una creación de la mente del amante, (como muy bien sabía Antonio Machado que nos recordaba que “no prueba nada contra el amor que la amada no haya existido jamás”), pero a la vez, es lo único que sustenta su vida, es lo único que le permite resistir a la muerte. Aún el dolor, consustancial al amor, es preferible a la indiferencia inerte.

La salida que aún para Fausto era posible, pasar, si no es ya posible conciliarlos, de Orfeo a Prometeo, es decir, de la poesía a la construcción de un nuevo orden social y tecnológico, a nosotros nos está vedada. La utopía tecnológica, en su incesante despliegue, ha generado terroríficas distopías. El proyecto cartesiano de poner la ciencia al servicio de la salud y la felicidad del hombre se ha visto imposibilitado por la captura de las fuerzas tecnológicas por las redes del capitalismo. El despliegue planetario de la técnica ha convertido la naturaleza, expropiada ya de su carácter primigenio de fisis, de manantial inagotable de energía vivificadora, en un gigantesco almacén de mercaderías.

Quizás sólo nos sea dado considerar este mundo desolado y vespertino en el que nos ha tocado vivir como un laboratorio, no ya de una salvación posible como aún le fue dado creer a Bloch, sino como el ámbito de una experimentación prudente capaz de intermediar entre la conceptualidad y la concreción, entre la exactitud y el alma, o entre la forma y la vida, como ya planteó el joven Lukács. Dado que somos, como muy bien supo ver Musil, hombres sin atributos, quizás el arte, un arte entendido como experimentación, como ensayo, sea la única posibilidad que nos queda para introducir alguna chispa de sentido en el mundo, la única forma de escapar al silencio. Una vida entendida como obra de arte, como autoconstitución de constelaciones efímeras de espacio-tiempo inéditas y creativas, quizás sea lo único que podamos oponer al desierto y al vacío. Esperamos a Godot, sabemos que no va a venir, pero la espera en compañía tal vez nos pueda servir de sucedáneo, de ersatz, de la plenitud soñada y barruntada, a la vez, como imposible.

Frente a la aniquilación del sentido derivada de la crisis de la *Kultur*, quizás la solución no sea tanto el silencio o la escucha de ese habla en que las cosas mudas hablaban a Lord Chandoss, cuando fue consciente de que la palabra plena le estaba ya vedada, como la búsqueda de un balbuceo que introduzca derivas minoritarias en el lenguaje dominante; la experimentación de nuevas formas de subjetividad productos de un constructivismo lúcido que hace sus cuentas con el azar, pero que no renuncia a domeñarlo. Una vez conscientes de que la plenitud de la forma ya no es alcanzable no nos queda más remedio que reconciliarnos con los fragmentos y considerarlos como nuevas totalidades provisionales, nunca definitivas, siempre en un perpetuo devenir contingente. Frente al habla plena, inalcanzable, no el silencio, sino la lengua menor y la línea de fuga.

Hoy quizás solo nos quede la palabra, pero una palabra consciente de que sólo se puede escribir (y vivir) entre Atenea, la de la mirada clara, y la ebriedad

afirmativa de Dionisos, mirando de soslayo a Afrodita, nunca conseguida. Solo podemos escribir , sin miedo ni esperanza, desde la apuesta más firme por la vida, a pesar de la conciencia lúcida del poder insuperable de la muerte, la más radical de las antiutopías, a la que solo se puede contraponer la fuerza, débil, del recuerdo, el amor y la amistad. Ahí radica nuestra pobreza pero también nuestra riqueza posible, nuestra débil fuerza mesiánica, en que somos, hombres del ocaso, del Abendland, 'frutos tardíos del jardín de las Hespérides', póstumos, vespertinos, saturnales, alciónicos, hijos del agobio y del dolor, enfrentados a un mundo huidizo y proteico que se muestra como cifra, jeroglífico anamórfico y laberinto, juguetes rotos de la utopía, residuos dispersos de un mundo declinante, pero quizás también precursores sombríos de un pueblo y un tiempo por venir.

En ese viaje iniciático los autores que de forma tan lúcida nos expone en este libro magistral Jacobo Muñoz pueden ser nuestro lázaro y ayudarnos en este éxodo interminable que es nuestra vida a producir destellos de infinitud al recorrer una y otra vez lo finito.